Opinión



EL ARTICULO DEL DIA
Jordi Solé Tura
Diputado y dirigente del PSC.

Una historia de protocolo

Rato aplazó una cita de los padres de la Constitución porque él, que no estaba entre los impulsores de la Carta Magna, no podía asistir al acto. La anécdota revela una forma prepotente de gobernar

Les voy a contar una bonita y edificante historia de protocolo de la que he sido protagonista involuntario y que, por sí sola, explica más cosas que muchos escritos sesudos.



Hace 20 años los siete diputados encargados de redactar la Constitución decidimos encerrarnos unos días en el Parador de Gredos para poder trabajar con más sosiego y lejos de posibles presiones en la dura labor de examinar una por una las más de 2.000 enmiendas que se habían presentado en el Congreso al primer proyecto de Constitución que habíamos elaborado. Allí trabajamos duramente pero relajados y lo cierto es que en unos días conseguimos culminar una tarea que en las condiciones del día a día en el Congreso nos habrían llevado semanas enteras.

Al cumplirse este año el 20º aniversario de la Constitución surgió la idea de colocar una placa conmemorativa en la sala del Parador de Gredos donde habíamos trabajado y se invitó a los siete redactores a participar en la pequeña ceremonia organizada al respecto. Después de varios intentos frustrados de conseguir la presencia de los siete al completo pudimos coincidir todos en una fecha, que era la del viernes 20 de noviembre. Todo estaba, pues, a punto para una ceremonia discreta sin mayor alcance ni ambición que la de rememorar un momento importante del proceso constituyente. Sabíamos también que la presidencia del acto y su desarrollo serían igualmente discretos.

Pero sorprendentemente, dos días antes de la fecha prevista surgió el rumor de que el acto conmemorativo se había aplazado. Y, efectivamente, nos llegó un fax en el que se nos decía que era conveniente que estuviese presente una personalidad del Gobierno y que, por ello, había que buscar otra fecha **"... que permita las presencias necesarias y convenientes",** que no dejaba de ser una manera de decir que las nuestras no eran ni lo uno ni lo otro. Finalmente hemos conseguido saber de qué iba el asunto. Resulta que cuando el vicepresidente segundo del Gobierno, el señor **Rodrigo Rato,** se enteró de la ceremonia exigió estar presente en la misma pero dado que no podía asistir en la fecha prevista ordenó aplazarla o suspenderla --que es lo mismo-- sin dar ninguna explicación a nadie.

Esta es la historia, más bien pequeña y bastante sórdida, de un accidente protocolario que no tiene más alcance que el cabreo de los que nos sentimos humillados y utilizados sin escrúpulos pero que si se examina bien expresa muchas otras cosas.

Yo no sé dónde estaba el vicepresidente señor **Rodrigo Rato** hace 20 años, pero no estaría muy lejos del presidente del Gobierno, **José María Aznar,** y éste sí que sé dónde estaba, porque publicaba por entonces vehementes artículos contra la Constitución y protestaba contra los ayuntamientos democráticos que cometían la tropelía de cambiar el nombre de Avenida del Generalísimo por el de Avenida de la Constitución.

Pero esto, a fin de cuentas, es el pasado. Lo que me importa hoy es que se caiga tan bajo en el afán de utilizarlo todo con fines partidistas y de imponer los propios criterios menospreciando a los demás. El señor **Rato** ni se enteró ni se preocupó del aniversario de Gredos y cuando vio la dimensión que podía tener decidió utilizarlo para hacerse la foto y capitalizar sus posibles efectos mediáticos. Debió de pensar algo así como: **"Una foto con estos siete no está mal y al mismo tiempo demuestra que estoy con la Constitución".** Acto seguido patrimonializó la iniciativa y decidió, por su cuenta, la fecha que le convenía sin contar para ello con nadie más, como si **"estos siete"** fuesen un rebaño de ovejas venerables que se pueden conducir con cuatro desplantes y un par de gritos.

Es una bonita lección sobre el arte de gobernar entendido como el ordeno y mando tradicional de unos señores acostumbrados a ser obedecidos. Ciertamente, en una democracia el ordeno y mando tiene sus límites y, sobre todo, tiene su protocolo que ya no es el de los señoritos de antes. Pero a veces por un descuido, por un desplante, el protocolo enseña los dientes del pasado y ocurren incidentes como éste.

Naturalmente, no pretendo convertir esta historia misérrima de protocolo y de oportunismo en un episodio mayor de nuestra vida política. Es lo que es y tiene el alcance que tiene. Pero también es la demostración de una manera de entender la política y de ejercer el poder. Es como decir aquí mando yo, hago lo que me conviene, busco la imagen por encima de todo y para ello no me importa atropellar a los demás. Y por encima de todo, es una clara demostración de que el 20º aniversario de la Constitución no les interesa como una verdadera conmemoración de ésta, sino como un instrumento más de propaganda personal y partidista.